

11/17/08

1181262

UML

POLIFONÍA

Diana de Paco Serrano

PERSONAJES

PENÉLOPE

MEDEA

FEDRA

CLITEMNESTRA

TELÉMACO

TESEO

AGAMENÓN

ORESTES

JASÓN

ULISES

I. LA CÁRCEL

(En el escenario no habrá ningún elemento de escenografía, excepto un telar en el proscenio, con una gran tela bordada a la mitad y una silla junto a él. El ambiente es oscuro, un interior tenebroso. En el suelo, al fondo, unas sábanas blancas en las que se recuestan las heroínas. PENÉLOPE, MEDEA, FEDRA Y CLITEMNESTRA vestirán túnicas largas hasta los pies y ceñidas en la cintura. Sus cabellos son largos y caen en tirabuzones recogidos en lo alto de la cabeza, dejando el rostro despejado. Sólo el color de la túnica de cada una de ellas será diferente, para MEDEA el azul, para PENÉLOPE el verde, CLITEMNESTRA vestirá de rojo y FEDRA de un rosa profundo; por lo demás, su atuendo es idéntico.)

MEDEA. - *(Se incorpora de su sábana y mira a PENÉLOPE, que está sentada junto al telar. Cerca de MEDEA se adivinan, aunque no se ven con claridad, los cuerpos de otras dos mujeres.)*

Penélope..., Penélope..., ¿duermes? *(Pausa..)* No, tú nunca duermes, lo sé. Sin embargo, ellas, desde que llegaron, no han abierto los ojos. Penélope, ¿me oyes? He vuelto a soñar, a oír voces, a ver el pasado, no consigo conciliar el sueño.

PENÉLOPE.- *(Sin inmutarse.)* No te preocupes, todo terminará; deja correr el tiempo, es demasiado pronto para olvidar.

MEDEA.- *(Se levanta y se acerca a PENELOPE, se sienta junto a ella, en el suelo, y apoya la cabeza en sus piernas.)* Penélope, todavía no sé dónde estamos...

PENELOPE.- Eso no importa mucho.

MEDEA. Me parece todo tan extraño... ¿Es esto una cárcel?

PENÉLOPE.- Algo así.

MEDEA.- ¿Podemos salir?

PENÉLOPE.- No lo intentes.

MEDEA.- ¿Estamos encerradas, a la fuerza?

PENÉLOPE.- Es una cárcel.

MEDEA.- Y si lo es, ¿por qué nadie nos vigila, por qué no hay guardias, ni hombres armados que

nos custodien?

PENÉLOPE.- Esta cárcel es muy especial.

MEDEA.- ¿De qué se trata?

PENÉLOPE.- Es la cárcel de tu conciencia.

MEDEA.- La cárcel de mi conciencia. *(Pausa.)* Penélope, ¿qué haces tú en mi conciencia?

PENÉLOPE.- Esperar.

MEDEA.- Esperar. *(Pausa.)* ¿A quién?

PENÉLOPE.- A Ulises.

MEDEA.- Esperar a Ulises. *(Pausa.)* ¿Por qué en mi conciencia? ¿Sabes? Creo que me estás engañando, creo que estamos encerradas de verdad, aprisionadas entre cuatro paredes que nada tienen que ver con nosotras; si no, ¿qué razón hay para que tú esperes en este lugar que me pertenece?

PENÉLOPE.- Aquí no me va a encontrar y, mientras espero, os hago compañía..

MEDEA.- Si no quieres que te encuentre, ¿por qué lo esperas?

PENÉLOPE.- Es mi papel.

MEDEA.- Tu papel. *(Pausa.)* ¿De qué estás hablando?

PENELOPE.- Mi papel es esperar a Ulises. ¿Sabes cuál es el tuyo?

MEDEA.- Ya no tengo ninguno, por más que me esfuerce en encontrar un sentido a todo lo que me está ocurriendo. Por eso no puedo dormir. Por eso estoy encerrada en esta cárcel, donde tú esperas a Ulises.

PENÉLOPE.- Piénsalo bien. Tal vez todavía encuentres alguna razón.

MEDEA.- No, Penélope, yo he terminado.

PENÉLOPE.- ¿Cuál fue tu papel?

MEDEA.- Lo sabes.

PENÉLOPE.- Cuéntamelo, Medea.

MEDEA.- Prefiero no recordarlo.

PENÉLOPE.- He venido a haceros compañía. Haz un esfuerzo.

FEDRA.- *(Se ha incorporado lentamente. Habla desde su sábana.)* ¿No vais a callar? ¿Quiénes sois? ¿No dormís?

MEDEA.- ¡Oh! Te hemos despertado. Perdona, no me he dado cuenta de que estabas ahí.

FEDRA.- (*Se levanta y se acerca.*) Sí, me habéis despertado, pero no importa. Hace mucho tiempo que no concilio el sueño, sólo dormito, intento descansar, nada más. Pero tened cuidado no la despertéis a ella. (*Señala al fondo donde duerme CLITEMNESTRA.*)

MEDEA.- ¿Quién es?

FEDRA.- Se llama Clitemnestra, ¿no la conocéis?

MEDEA.- No personalmente. Yo soy extranjera, aunque algo he oído sobre ella.

PENÉLOPE.- Yo la conozco muy bien. Clitemnestra es mi hermana.

FEDRA.- (*Mira a su alrededor.*) ¿Esto es una cárcel?

MEDEA.- Dice Penélope que ...

PENÉLOPE.- (*La interrumpe.*) Sí, lo es, en cierto modo lo es.

FEDRA.- ¿Qué hago yo aquí, cómo he podido llegar?

MEDEA.- No lo sé. (*Le acaricia el cuello con delicadeza para no hacerle daño.*) ¿Qué te ha pasado?

FEDRA.- Un mal sueño, estoy cansada.

PENÉLOPE.- Fedra, ¿no te acuerdas de mí?

FEDRA.- Claro que te recuerdo, Penélope. Y tú, ¿qué haces aquí? ¿Ha vuelto?

PENÉLOPE.- No, no ha vuelto.

FEDRA.- ¿Y los demás?

PENÉLOPE.- Se marcharon también.

FEDRA.- ¿Por qué?

PENÉLOPE.- Mírame, es evidente. Estos cabellos un día fueron hermosos, atraieron a muchos hombres, y mis ojos brillaban, vivos, cristalinos; mi piel no estaba surcada todavía por los años, entonces ellos esperaban conmigo... Poco a poco, a medida que mis rizos se han teñido de cenizas, se han ido marchando todos... Y él no ha vuelto.

MEDEA.- Entonces, ¿qué haces aquí?

PENÉLOPE.- Esperar.

MEDEA.- Sí, me lo has dicho, pero ¿por qué aquí? ¿Por qué en la cárcel? ¿Tú has hecho algo?

PENÉLOPE.- Desear.

MEDEA.- ¿Qué?

PENÉLOPE.- El deseo me ha traído hasta aquí para haceros compañía.

FEDRA. - Yo, sin embargo, no sé cómo he llegado hasta esta cárcel.

MEDEA. - A mi conciencia. (*PENÉLOPE la mira contrariada.*)

FEDRA. - ¿De qué estás hablando? ¿Qué conciencia? Esto es una cárcel. (*Mira a su alrededor.*)
Estoy casi segura.

PENÉLOPE. - (*A MEDEA, que le va a contestar.*) Déjala, Medea, ya lo entenderéis más tarde, ahora es inútil.

MEDEA. - Pero tú dijiste...

FEDRA. -- Hipólito ha muerto por mi culpa, no puedo estar en tu conciencia, debería estar aprisionada en la mía, en el remordimiento de un deseo sin respuesta.

MEDEA. - ¿De qué hablas?

FEDRA. - De Hipólito, mi hijo.

MEDEA. - (*En un ataque de furia, se levanta y se aleja, de espaldas a sus compañeras.*) ¡Pues cállate!

PENÉLOPE. - (*A FEDRA, confidencial.*) No debes hablar de los hijos ante Medea, ella perdió a los suyos de forma trágica, por esa razón está aquí.

FEDRA. - (*A PENÉLOPE.*) Cuéntame lo que ocurrió.

PENÉLOPE. - Esperemos a que se duerma. Todas queremos saber lo que les ha ocurrido a las demás, pero ninguna quiere que se conozca su tragedia.

MEDEA. - (*Vuelve en sí, tras haber quedado unos segundos tristemente pensativa y se dirige a FEDRA y a PENÉLOPE.*) No deseo que permanezcáis aquí, es mi territorio.

PENÉLOPE. - Lo siento, Medea, pero tú ya no eres dueña de tus deseos; te dejaste llevar por el instinto, recuérdalo, has perdido definitivamente el dominio sobre la razón. No puedes evitar que estemos contigo aquí.

MEDEA. - Tal vez sea así, pero vosotras ¿no tenéis conciencia donde refugiaros?

PENÉLOPE. - Es tierra común la de los remordimientos.

FEDRA. - No lo entiendo.

PENÉLOPE. - La conciencia es común, alguien en algún momento ha debido pensar que sois iguales, y quizá tenga razón. Estáis encerradas.

MEDEA. - Nosotras no somos iguales en nada.

FEDRA. - Yo no soy como vosotras, no sé quién eres tú (*A MEDEA.*) pero puedo sospechar que

no tengo nada que ver contigo. (*Resignada.*) Yo sólo soy el recuerdo de la sombra de Hipólito.

PENÉLOPE.- No, Fedra, sí tienes mucho que ver, precisamente por eso, aunque tú no lo reconozcas todavía.

FEDRA. - Penélope, tú parece saberlo todo, explícate con más claridad.

PENÉLOPE.- Por desgracia he pasado mucho tiempo sola, tejiendo una esperanza desde el amanecer y destejiéndola bajo la luz de la luna. He vivido de los sueños bordados en plata sobre una tela invisible que no terminaba nunca y, mientras cosía el manto que me habría de envolver para siempre en el olvido, he sabido de vosotras.

FEDRA.- ¡Qué bonitas son tus palabras!

MEDEA.- Y qué tristes. Si pudiera derramar lágrimas, lloraría por ti.

FEDRA.- ¿No puedes?

MEDEA.- No, las cuencas de mis ojos están secas.

FEDRA.- ¿Cómo has conseguido agotar la humedad de tus pupilas?

MEDEA.- Debatiéndome sin descanso entre la razón y el deseo hasta quedar exhausta y perderlo todo.

FEDRA.- (*Curiosa y casi compadecida.*) ¿Qué es lo que te ha ocurrido a ti?

MEDEA.- (*Abstraída.*) Nada.

FEDRA.- (*Insistente.*) Ha tenido que ser horrible.

PENÉLOPE.- (*Quiere desviar la conversación al ver a MEDEA de nuevo atormentada por los recuerdos.*) A todas las que estáis aquí sin desearlo os ha ocurrido algo horrible, ¿no es horrible este lugar, este encierro?

MEDEA.- (*Señalando a CLITEMNESTRA.*) ¿También a ella?

PENÉLOPE.- También. Sobre todo a ella.

FEDRA.- Yo fui la culpable de lo que sucedió.

PENÉLOPE.- No existe aquí la palabra culpa, ni inocencia. Ni existen personas justas o injustas.

Hay, Fedra, días buenos y malos. A vosotras os tocó vivir uno nefasto.

FEDRA.- ¿Llamas día a una vida?

PENÉLOPE.- Desde antiguo ha sido así.

MEDEA.- Quiero despertar.

FEDRA.- ¿Dormimos?

MEDEA.- Quiero despertar.

FEDRA.- *(Insistente y asustada.)* ¿Por qué? ¿Estamos durmiendo? *(Pausa.)* ¿Ha sido una pesadilla? ¿Qué significa todo esto? *(Pausa. Se toca la nuca con las dos manos.)* Todavía me duele el cuello, y empiezo a recordar. Mi recuerdo trae consigo un dolor agudo, intenso, insoportable. *(Se ha levantado. Desesperada y aterrorizada.)* ¿Qué es esto?

PENÉLOPE.- *(La coge con ternura y la invita a sentarse de nuevo.)* Serénate.

FEDRA.- No puedo.

PENÉLOPE.- Fedra, mírame, ¿lo volverías a hacer?

FEDRA.- *(Pensativa.)* ¿Y tú?

PENÉLOPE.- Yo no he hecho nada. Sigo esperando.

MEDEA.- Por favor, dejadlo, guardad silencio. No os dejéis llevar por vuestros impulsos. Si queréis continuar aquí, callaos.

(Silencio. Oscuro.)

II. FEDRA-HIPÓLITO

FEDRA.- ¿Cuándo has llegado?

HIPÓLITO.- *(Es un joven atractivo. El pelo rizado y no demasiado corto. Viste túnica blanca.)* Te ruego que no me hables.

FEDRA.- Dime sólo cuándo has llegado.

HIPÓLITO.- Ayer.

FEDRA.- ¿Ayer? ¿Qué has estado haciendo hasta ahora?

HIPÓLITO.- Pensar.

FEDRA.- ¿En qué has pensado, Hipólito?

HIPÓLITO.- En ti, en tu confesión, en lo indigno de...

FEDRA.- *(No lo deja terminar.)* ¿Me amas?

HIPÓLITO.- *(Decidido, pero sin mirarla a la cara.)* Te odio, Fedra. Odio todo lo que huele a ti, lo que sabe a ti, odio tu imagen y tus recuerdos, odio tu hermoso cuerpo de mujer seductora, tus cabellos, tus labios, tus senos. Has arruinado mi vida.

FEDRA.- Me martirizas con tus palabras porque te he sido sincera y tú no te atreves a serlo conmigo.

HIPÓLITO. La sinceridad no existe, has sido egoísta.

FEDRA.- ¡No, Hipólito! ¿Por qué dices eso?

HIPÓLITO.- Porque sólo has pensado en ti, has querido alimentar tus sentimientos evitando ponerte en mi lugar, para adivinar que yo no te amo. No, Fedra, nunca te he amado.

FEDRA.- Tal vez tengas razón, Hipólito. Tal vez he sido egoísta, pero mis sentimientos son demasiado intensos como para fingir durante más tiempo. Yo no soy tan fuerte como tú.

HIPÓLITO. - ¿Qué hay de tu esposo? ¿Has olvidado quién es mi padre?

FEDRA.- A tu padre no le importa. A él le da igual quién sea la mujer que ocupa sus sábanas, siempre que no le falte el calor de un cuerpo femenino en su lecho.

HIPÓLITO.- Eso no es verdad, si él supiera..., si Teseo sospechara sólo por un momento que tú...

FEDRA.- *(Lo interrumpe para que no termine la frase.)* ... Me mataría, sin duda. Pero no por mí, ni por ti, sino por él.

HIPÓLITO.- Tal vez sea tan egoísta como tú.

FEDRA.- Y como tú. Si no lo fueras, me amarías, lo harías por mí.

HIPÓLITO.- Yo tengo buenos sentimientos.

FEDRA.- La bondad es una cómoda manera de ser egoísta.

HIPÓLITO.- Yo me sacrifico.

FEDRA.- ¿Por quién?

HIPÓLITO.- Por todos.

FEDRA.- Menos por mí.

HIPÓLITO.- Lo que me pides, Fedra, es imposible, no te lo puedo dar. Ni a ti, ni a ninguna otra mujer.

FEDRA.- A eso le llamas sacrificio.

HIPÓLITO.- Me refiero a otro tipo de sacrificio.

FEDRA.- Un sacrificio vacío, del que no obtienes nada, que nada te aporta. Olvídate de él.

HIPÓLITO.- Te vuelves a equivocar. Me proporciona paz, tranquilidad interior.

FEDRA.- ¿Te satisface?

HIPÓLITO.- Sí, me devuelve la armonía que diariamente me arrebató el mundo y me permite disfrutar de cada momento de vida.

FEDRA.- ¿Te ayuda a ti, entonces?

HIPÓLITO.- ¿A quién si no?

FEDRA.- (*Recapitulando para intentar comprender a HIPÓLITO.*) Te sacrificas para sentirte bien tú. Sinceramente, Hipólito, eso es muy egoísta.

HIPÓLITO.- Visto así...

FEDRA.- Míralo de otra manera: El egoísmo no existe, ni tampoco el altruísmo, el sacrificio no tiene sentido. Tu padre tiene cientos de mujeres con las que hacer el amor. Es egoísta, porque sólo piensa en su satisfacción, (*Irónica.*) pero, por otra parte, es generoso porque ofrece su amor a muchas y es amado por todas. Absurdo, ¿no? Haz tú lo mismo conmigo, me resigno a tener sólo eso de ti. Quizá con el tiempo cambies de opinión y te decidas a quererme de verdad.

HIPÓLITO.- No puedo, Fedra.

FEDRA.- Eres un egoísta, no eres capaz de evitarlo.

(*Oscuro.*)

III. PENÉLOPE–TELÉMACO

(Breve transición. Aparecen en escena una PENÉLOPE rejuvenecida y su hijo, TELÉMACO.)

TELÉMACO.- *(Joven atractivo, su aspecto es más infantil que el de HIPÓLITO, aunque tienen cierto parecido. Viste túnica blanca.)* ¿Te has acostado con todos?

PENÉLOPE.- Con ninguno.

TELÉMACO.- No te creo.

PENÉLOPE.- Te lo juro.

TELÉMACO.- ¡No te creo! ¿Cómo te atreves? Eres..., prefiero callar.

PENÉLOPE.- Respétame, me lo debes. No olvides que soy tu madre.

TELÉMACO.- Ya no.

PENÉLOPE.- ¿Por qué, qué te ocurre?

TELÉMACO.- Me has abandonado.

PENÉLOPE.- No digas eso. Yo no te abandonaría por nada del mundo.

TELÉMACO.- Te has acostado con todos esos que te visitan, a mis espaldas.

PENÉLOPE.- Desvarías, hijo. Me paso los días aquí, encerrada, tejiendo pensamientos en espera de que el manto de mi esperanza, hilado con lejanos recuerdos, se haga real, se convierta en un trabajo concluso. Mientras tanto me dedico a ti, tú eres lo único que me queda... Tú, el recuerdo, y ese poco de esperanza que me ayuda a tejer.

TELÉMACO.- ¿Qué esperas?

PENÉLOPE.- Que vuelva tu padre.

TELÉMACO.- No lo hará.

PENÉLOPE.- Tal vez no, pero yo lo espero.

TELÉMACO.- No lo hará porque en estos momentos ya sabrá, seguro, esté donde esté, tu infidelidad.

PENÉLOPE.- Eres injusto.

TELÉMACO.- Madre, me voy a marchar.

PENÉLOPE.- ¿Dónde quieres ir tú? ¿Acaso a buscar a tu padre?

TELÉMACO.- Ni lo sueñes. En el fondo es eso lo que a ti te gustaría, que me fuera a buscarlo, que lo trajera junto a ti, y que, ignorando tu infidelidad, volviera a acostarse en esa cama deshecha por muchos hombres que no son él. Mientras Ulises luchaba como un héroe, Penélope ha estado gozando... ¡Hipócrita!

PENÉLOPE.- Tú eres el hipócrita.

TELÉMACO.- ¿Yo? ¿Por qué?

PENÉLOPE.- Deseas marcharte con todas tus fuerzas, y tus deseos los escondes tras esa fingida inocencia con que me miras. No te esfuerces en engañarme, hace ya mucho tiempo que he adivinado lo que quieres. Deseas irte lejos, hacer una vida al margen de tu casa y de tu madre, ajeno a tu pasado, pero al mismo tiempo tienes miedo, no te atreves. Piénsalo, Telémaco. La cobardía disimulada es tan grave, o peor, que la hipocresía. Actúa con madurez y no intentes hacerme culpable de tus decisiones.

TELÉMACO.- Me tengo que marchar.

PENÉLOPE.- Hazlo. Pero yo no esperaré tu regreso. Ya he tenido suficiente.

TELÉMACO. Tampoco esperes el de mi padre.

PENÉLOPE.- Es diferente; con él no puedo evitarlo. Es mi historia. Él me engañó, me dijo que iba a luchar, consiguió que le creyera, que aceptara sus mentiras y que asumiera paciente la espera que me estaba destinada. Tú, Telémaco, te pareces mucho a él, pero te falta la astucia que le dio la edad. No has podido engañarme.

TELÉMACO.- Los dos igual de hipócritas, ¿es eso?

PENÉLOPE.- No te preocupes, todos lo somos. Yo también lo soy porque no he dejado que ninguno de esos a los que tanto odias duerma bajo mis sábanas; los engaño con una sonrisa, con una sonrisa sinceramente hipócrita.

TELÉMACO.- ¿Por qué lo haces?

PENÉLOPE.- Porque quiero que estén aquí cuando vuelva Ulises.

TELÉMACO.- Pero, si es como tú cuentas, si no has tenido ninguna relación con ellos, no pasará nada cuando vuelva Ulises.

PENÉLOPE.- ¿Tú me crees, hijo?

TELÉMACO.- Antes, no. Ahora, quizá...

PENÉLOPE.- Tampoco tu padre me creerá.

(Oscuro.)

IV. LA CÁRCEL

MEDEA.- ¿Empezó así tu historia, Penélope?

PENÉLOPE.- No sé a qué te refieres.

MEDEA.- Tras Fedra, tú nos has dicho algo.

FEDRA.- Yo no he escuchado su voz.

MEDEA.- Eran sus pensamientos, tu narración ha traído a la mente de Penélope muchos melancólicos recuerdos.

PENÉLOPE.- *(Alarmada. Enfurecida consigo misma por haber dejado escapar sus pensamientos ante MEDEA.)* No sin razón te haces llamar bruja. Nunca pensé que pudieras inventar los recuerdos de otros. Yo no he dicho nada, ni siquiera lo he pensado. Esa historia a la que te refieres la has inventado tú con tus pócimas y maleficios. Déjame ya, Medea, no estás siendo justa conmigo.

FEDRA.- Un momento, basta de reproches, yo no he oído nada de lo que decís, tal vez me falta preparación. Sin embargo os rogaría que refrenarais vuestros impulsos unos instantes y dejarais de discutir, creo la hemos despertado *(Señala a CLITEMNESTRA, que se está despertando.)*.

CLITEMNESTRA.- *(Se despierta. Surge al fondo incorporada, majestuosa. Su silueta se define casi en una sombra.)* ¡Justicia! De nuevo se habrá de hacer justicia. *(PENÉLOPE, MEDEA Y FEDRA, que estaban recostadas, inmóviles en el proscenio, se incorporan y la observan.)* ¿Qué miráis vosotras?

PENÉLOPE. ¿No nos reconoces?

CLITEMNESTRA. *(Se acerca unos pasos, sin llegar a su altura y sin salir de la penumbra.)* ¿Cómo no, mi pobre Penélope? Sigues lamentándote en lugar de buscar que se cumpla la justicia.

PENÉLOPE.- Ya no.

CLITEMNESTRA.- No me engañes, hermana. Te he escuchado en mis sueños, y también a la extranjera *(Señala con la mirada a MEDEA, que la observa.)*, más valiente que vosotras dos, y, pese a todo, le faltó valor, equivocó la víctima y ejecutó a quien no debía. El que tenía que morir se salvó.

MEDEA.- Cállate, te lo ruego. Todavía sufro por ello.

CLITEMNESTRA. -Yo, sin embargo, en nombre de la justicia, maté por un deber trascendente, para cumplir una ley divina: matar a quien ha matado. Y por eso no me arrepiento (*Mira a FEDRA.*) como has hecho tú, Fedra; no soy tan débil como para cobrarme con mi vida la traición de otros. He aprendido de mi dolor.

FEDRA.- Ya no hay remedio. ¿Qué haces tú aquí si has obrado con justicia?

CLITEMNESTRA.- Si te soy sincera, no lo sé. El Caos. Lo justo se ha vuelto injusto, los asesinos han sido absueltos, es el final, el desorden, la confusión, el holocausto. No me importa, sin embargo, estar aquí junto a vosotras. ¡Pobres infelices! Tal vez me trajeron tras el juicio y quizá yo también he sido condenada a consumirme en esta celda oscura.

MEDEA.- Conoces mi historia, pero yo no sé quién eres, ni qué haces aquí, no me importa lo que te haya sucedido, ni me intereso por tu justicia. Yo no estoy encerrada aquí, lo he elegido voluntariamente porque yo tengo el dominio de estas paredes y, en cuanto a mis actos, no eres quién para juzgarme, tengo mis razones. Unas razones que nadie, nunca, ha sabido comprender ni interpretar.

CLITEMNESTRA.- ¿Y cuáles son esas razones? Vamos, yo las entenderé, y también Fedra, y Penélope; dínoslo, estamos juntas en esta empresa; cuéntanoslo.

FEDRA.- A mí no me incluyas en vuestras empresas. Yo he purificado la falta con mi muerte, no he tenido el valor de manchar mis manos con sangre ajena.

CLITEMNESTRA.- Tú no has muerto, ¿no ves que estás aquí?

PENÉLOPE.- Eso es otra cosa, Clitemnestra, hermana. Puede haber muerto, y también tú; quizá esto sea la muerte. El encierro en la caverna de la oscuridad para vosotras es el fin porque no podéis marcharos.

CLITEMNESTRA.- ¡No! Esta es la condena, no la muerte. Yo fui acusada, el juicio se realizó, compraron a mi defensa, me abandonó, se conformó con el chantaje inútil de los nuevos asesinos, asesinos injustos, no como nosotras, asesinos sin principios. No, la muerte es otra cosa, Fedra, tú no has muerto. Lo siento pero no puedo admitirlo. No pretendo asustarte, tranquilízate, y escucha a Medea, escuchemos todas las razones de Medea.

(*Oscuro.*)

V. MEDEA

(Aparece MEDEA sola en escena.)

MEDEA.- No he de permitir que viváis en este infierno, la venganza es otra cosa, tiene otro sabor, un gusto agridulce que termina por agradar. No, no se trata de venganza, se trata de evitaros la amargura de un final inevitable, antes de que tengáis uso de razón, si llegáis a tenerlo. ¿Para qué dejaros navegar a la deriva, en medio de la tormenta, si el trayecto es terrorífico y el único final es el abismo? ¿Para qué esperar a que sean vuestros inocentes labios, ahora mudos, los que me supliquen una muerte sin dolor, sin conciencia? Yo sé lo que os espera porque ya he alcanzado el final. Os amo, os amo tanto que no puedo permitir os una pena que os consuma poco a poco. En vuestros ojos leo vuestros deseos futuros, os comprendo, os intento ayudar aunque nadie más os quiera oír. *(Pausa breve.)* Aunque tal vez sea preferible que vosotros decidáis, hijos míos. Pero ¿cuándo? ¿He de arrebatáros yo la vida que os di? Veo vuestra agonía, la presiento porque la he vivido; despojados de todo, solos, heridos, inquietos, cadáveres en vida. No hay nada más, ni nadie. Vuestro padre ha muerto, aunque viva lejos; ha borrado su recuerdo... desterrado para siempre. Sí, le mostraré vuestros cuerpos en señal de gratitud, no de venganza, para que comprenda lo que significa amar, sufrir, todo es una misma cosa que quiero evitaros. ¿Por qué? ¿Por qué he de ser yo la que os salve y a la vez os condene? No puedo soportar este peso, me encuentro atrapada en una red de angustia y contradicción, un arma letal.

(Pausa.)

Dejé mi tierra, mi familia, mis amigos, todo para aprender a amar. ¿Haréis vosotros lo mismo en el futuro? ¿Qué os quedará a cambio? El destino no se puede modificar y, antes o después, ha de cumplirse. Y yo..., abandonada, me siento en la obligación de ayudaros, de ahorraros el letargo de una vida en soledad. Yo que os la di, con energía e ilusión, he de quitárosla ahora que me he consumido. No se trata de una venganza, hijos, comprendedme, os hago un favor arrancándoos de mis entrañas de forma tan brutal. Nadie me entiende. Soy extranjera, lo sé, mi lenguaje es extraño al mundo.

(Oscuro.)

VI. CLITEMNESTRA-AGAMENÓN

CLITEMNESTRA.- Déspota, cruel, asesino... Tengo mil razones para odiarte.

AGAMENÓN.- (*Un hombre apuesto, de mediana edad, viste túnica blanca hasta los pies y capa roja.*) Clitemnestra, cálmate. No remuevas aguas pasadas.

CLITEMNESTRA.- ¿Cómo no? Dejaste que la mataran, entonces empezó todo.

AGAMENÓN.- Si no lo hubiera hecho, tú no estarías aquí ahora.

CLITEMNESTRA.- Lo preferiría.

AGAMENÓN.- No tuve elección. Te lo he explicado una y mil veces, te he escrito, durante diez años, cartas y cartas para que comprendieras.

CLITEMNESTRA.- Papel mojado. Sacrificaste a nuestra hija.

AGAMENÓN.- La muerte de una pobre mártir por la salvación de todos.

CLITEMNESTRA. Tú y tus sucios negocios... Se te fue de las manos y tuviste miedo de perder tus riquezas e incluso tu vida, pero entre todo eso, Ifigenia no tenía nada que ver.

AGAMENÓN.- Así es la política.

CLITEMNESTRA.- Dirás la corrupción, el pillaje, el crimen... Sois unos salvajes asesinos. Un día tras otro he intentado comprenderte, explicarme a mí misma que era necesario, que estabas atrapado en una red sin salida y que la única opción era dejar que mataran a Ifigenia, porque en tu mundo de política os cobráis con las vidas de inocentes, animales indefensos como nuestra hija, y no os importa, sólo pensáis en salvar vuestra piel a costa de lo que sea. La sangre que corre por tus venas, esposo, es hielo cristalizado, lo he sabido siempre y, a pesar todo, aunque era consciente de ello, día tras día te intentaba justificar. Lo siento, pero no he sido capaz de conseguirlo.

AGAMENÓN.- Me amenazaron, a mí y a todos. Nadie me dijo que se cobrarían con la vida de Ifigenia, pero si lo piensas bien, una vez superado el dolor del momento, su muerte nos ha traído la victoria.

CLITEMNESTRA.- ¿De qué victoria hablas?

AGAMENÓN.- De la victoria de la paz.

CLITEMNESTRA.- Una paz fugaz, aparente. Y en tu interior, ¿sientes esa misma paz? Entregaste a tu hija, creíste que sería el último eslabón de la cadena criminal que tú y tus amigos iniciasteis

excusándoos en la necesidad. Habéis obrado siempre al margen de la justicia, pero la cadena, vuestra sólida cadena, se ha roto. Han seguido produciéndose muertes; las de otros que no creyeron en el sacrificio de Ifigenia. Has puesto por encima de una criatura indefensa tus intereses, tus riquezas y tu propia vida.

AGAMENÓN.- No había opción, te lo repito. O la entregaba voluntariamente, confiando en un rescate rápido y sin consecuencias, o estábamos perdidos todos. No sabes el poder que tienen los que me obligaron, ellos sí están al margen de la justicia, ellos hacen sus leyes y nos obligan a cumplirlas, aunque nos pese. Pero gracias a acciones como esta, todo ha terminado.

CLITEMNESTRA.- Te uniste a la barbarie buscando el lucro personal, no te engañes.

AGAMENÓN.- En el mundo en que vivimos cada uno tiene que encontrar una alternativa que le resulte honrosa, cueste lo que cueste.

CLITEMNESTRA.- ¿Honrosa?

AGAMENÓN.- He sido amenazado, agredido y ultrajado hasta quedar exhausto. No tienes ningún derecho a seguir reprochándomelo. Ifigenia era tan hija tuya como mía; mientras tú te dedicabas a lamentarte, yo tenía que decidir, y no me resultó nada fácil. Ahora que todo está hecho, no me arrepiento.

CLITEMNESTRA.- Me has engañado y con ello, Agamenón, has firmado tu sentencia.

AGAMENÓN.- Entregada Ifigenia, no he vuelto a saber de ellos. He conseguido frenar su ira contra toda la humanidad.

CLITEMNESTRA.- ¡Un acto soberbio! Si no son ellos los asesinos serán otros, todos estamos contaminados con vuestra plaga.

AGAMENÓN.- Deberías estar orgullosa de mí.

CLITEMNESTRA.- ¡Canalla! Te he perdonado tus infidelidades, tu desatención, he compartido tu publicidad corrupta con una sonrisa fingida pero creíble, y me has pagado así.

AGAMENÓN.- La infidelidad es un deporte que tú también practicas.

CLITEMNESTRA.- ¿Y qué querías que hiciera? Perdí tu amor, me arrebataste el de tu hija y has conseguido que mis otros dos hijos, Electra y Orestes, se vuelvan contra mí. ¿Me quedaba, acaso, otra salida? *(Pausa breve.)* Egisto... Egisto me comprende y me ama... Yo no le amo, ya no soy capaz de querer a nadie, pero necesito estar a su lado. *(Lo mira de nuevo como despertando de un ensueño. Sus palabras suenan duras, pero el tono con que las pronuncia es de una naturalidad*

escalofriante.) He sido siempre sincera contigo, Agamenón, y lo voy a ser ahora también: He decidido matarte, pero no te preocupes, no haré como tú, que me quitas la vida lentamente, no... La tuya va a ser una muerte rápida, sin agonía, casi sin dolor.

AGAMENÓN.- ¿Estás loca? ¿Así me recibes, cuando vuelvo a casa agotado y demacrado por el cansancio, después de tantos años de lucha? ¿Así me agradeces todo mi sacrificio?

CLITEMNESTRA.- Mi lucha, a diferencia de la tuya, es una lucha interior y precisamente por eso es sincera. Te hago un favor, te ofrezco descanso y purgo con tu muerte la mancha de tus manos.

AGAMENÓN.- Clitemnestra, no te precipites, que no te perturbe la histeria, sé sensata. Ven, siéntate frente a mí y hablemos como dos hombres juiciosos, no te dejes llevar por tus instintos de mujer celosa, no es el momento, asume la responsabilidad de vivir y entiende que el sufrimiento forma parte de ella.

CLITEMNESTRA.- ¡Hablar como dos hombres juiciosos! Agamenón, eres un egoísta hipócrita y, sobre todo, por encima de todo lo que se te pueda decir, eres un asesino, tan criminal como cualquier otro. Te voy a hacer un favor, agradécelo.

(Oscuro.)

VII. LA CÁRCEL

(Otra vez en la cárcel. MEDEA Y CLITEMNESTRA duermen profundamente.)

PENÉLOPE.- Clitemnestra mató a su marido.

FEDRA.- Su historia debió de ser muy triste, pero ella pagó con sangre la sangre derramada, hizo lo que todos, lo que tanto censuró. Es culpable.

PENÉLOPE.- Tú no eres quién para juzgarla. No entiendo cómo te atreves...

FEDRA.- Lo sé, pero así no se ha solucionado nada, muerte con muerte, ¿hasta cuándo?

PENÉLOPE.- ¿Cuál es, según tú, la solución? ¿Ser una cobarde? ¿Atar una soga al propio cuello y dejarse morir, como has hecho tú, Fedra?

FEDRA.- Penélope, yo no tuve miedo, ni fui cobarde. Para mí la vida ya no merecía la pena y terminé con ella.

PENÉLOPE.- Clitemnestra dice que no has muerto.

FEDRA.- *(Mira a su alrededor.)* ¿No es esto como una muerte?

PENÉLOPE.- No para mí. Mi papel continúa intacto, mis manos limpias, mi garganta sin cicatrices de dolor y cualquier día llamaré al carcelero pidiéndole que me saque de aquí, y vosotras comprenderéis que mi camino ha sido diferente. Yo estoy tranquila.

FEDRA.- Resignada.

PENÉLOPE.- Conforme.

FEDRA.- Mientes.

(Oscuro.)

VIII. UN FINAL

FEDRA-TESEO

TESEO.- *(Hombre de mediana edad, algo más joven que AGAMENÓN. Viste túnica blanca hasta los pies y capa roja.)* Fedra, estás aquí.

FEDRA.- Sí, Teseo, no me siento bien.

TESEO.- Entonces esperaré. No mejorarás con lo que tengo que decirte.

FEDRA.- Ya nada puede empeorar mi enfermedad.

TESEO.- Todavía no he comprendido qué te pasa, por qué te has encerrado aquí y te consumes en tu soledad.

FEDRA.- Teseo, ¿me amas?

TESEO.- ¿Por qué lo preguntas ahora?

FEDRA.- Yo te contestaré. No, no me amas, ni a mí ni a las demás que han compartido tu cama.

TESEO.- ¡Fedra! Tú no sabes...

FEDRA.- Sí, lo sé, pero no te preocupes, no es esa la razón de mi dolor.

TESEO.- En ese caso, tampoco tú me amas.

FEDRA.- No he podido serte infiel.

TESEO.- ¿Por qué se marchó Hipólito?

FEDRA.- Por mi culpa.

TESEO.- Mil veces te he pedido que me expliques los motivos, seré capaz de entender y perdonar lo que tengas que decirme. Si te ofendió o fueron celos de madrastra... Si habéis discutido en algún momento... Si no quiso ofrecerte... No sé, no sé bien qué ha sido pero has de decírmelo, os perdonaré.

FEDRA.- No hay nada que perdonar, Teseo.

TESEO.- Quizá cuando sepas...

FEDRA.- ¿Qué es ese misterio? ¿De qué se trata? ¿Cuál es la noticia que me venías a dar, qué tengo yo que saber?

TESEO.- Hipólito ha muerto.

FEDRA.- ¡No!

TESEO.- Fue un accidente, lo he sabido hace unos momentos. Dicen que iba enfurecido, que vagaba desde hace días por los acantilados sin detenerse en ningún momento... Yo había hablado con él días atrás, le había preguntado por vosotros, por vuestro comportamiento cuando yo estaba fuera, por tu enfermedad... No quiso decir nada, sólo susurró que dejaría la casa hasta que cesara tu mal y, ahora, ya ves...

FEDRA.- Por segunda vez, Hipólito amado, has muerto.

TESEO.- Espero ahora una explicación.

FEDRA.- La tendrás más tarde. No te la debo; pese a todo, la tendrás. Antes, por favor, déjame sola unos minutos.

TESEO.- Te esperaré fuera. (*Sale.*)

FEDRA.- Ya no tiene sentido continuar. Hipólito, mi amado Hipólito, se ha ido otra vez. Ayer escribí a Teseo una carta, una despedida en la que le explicaba lo que ahora quiere conocer, pero guardé las hojas en un cajón, porque todavía me quedaba un poco de esperanza. Ahora, ahora que sé que Hipólito no va a volver jamás, que mi sinceridad le asustó, le obligó a huir y le condujo a la muerte, sólo me queda añadir una postdata, la explicación que Teseo está esperando: Amo a Hipólito, mi hijo; si él no va a volver, yo tampoco deseo continuar aquí. Amo a Hipólito, Teseo. ¡Qué ciego has estado! ¿Cómo no me lo impediste entonces, cuando todavía estábamos a tiempo? ¿Por qué me dejaste perder así la razón? (*Serena.*) Ahora sólo me queda reconocer mi error y despedirme.

(*Oscuro.*)

IX. LA CÁRCEL

(En la cárcel. MEDEA, CLITEMNESTRA Y FEDRA duermen.)

PENÉLOPE.- Yo no tengo recuerdos de un final, sólo de una historia que se continúa... Ellas se han consumido en su propio drama y yo, mientras, sin cerrar los ojos ni un instante, sigo tejiendo y destejiendo para no sentirme muerta, para no apagarme en la labor concluida. Prudencia o fortaleza o arrojo, o sacrificio, quizá venganza, ¿cómo he de llamarlas a ellas? Y yo... ¿Resignación? No, eso es sólo la apariencia. Yo no deseo que Ulises vuelva, su regreso significaría el fin. Conscientemente alargo y alargo la espera, como el hilo que hago salir de la madeja, porque mi historia no tendrá un fin si yo no lo quiero, no es una tragedia, no existe la contradicción en la historia de Penélope, es todo lógico, armónico, consecuente. Por eso ellas no lo comprenden, porque mi historia es larga, y se puede alargar más y más hasta hacerse infinita; yo soy mi Parca, yo enredo los hilos de un transcurso sin final... Pero este camino se ha hecho monótono. ¿Lo prefiero así? Sí, no tengo opción... Soy una anciana, más vieja que Fedra y Medea, menos arrojada que mi orgullosa hermana, Clitemnestra. Y, sin embargo, a mis ojos no los ha vencido el cansancio. Penélope no duerme... *(Repite en un susurro, como una cantinela.)* Penélope no duerme... Penélope...

CLITEMNESTRA.- *(Se incorpora y le habla desde su lugar, en la penumbra.)* ¡Pobre Penélope! ¿Qué crees ganar alargando los días?

PENÉLOPE.- No sufro, no descanso, porque no me siento vencida. Mira, ven, observa la tela y comprenderás mi vida. *(CLITEMNESTRA se acerca, despacio, sin perder en ningún momento su solemnidad.)* ¿Reconoces esta imagen? *(Le va señalando.)* Un crimen, una mujer con un arma de doble filo en sus manos, un hombre muerto y un joven sediento de venganza, ¿la reconoces, Clitemnestra? Este dibujo lo he terminado, está definitivamente terminado. *(Se altera ante la pasividad de CLITEMNESTRA, como si quisiera contagiarla con su estado de ánimo.)* La mujer ha arrojado el arma, ¿ves?, y ahora la empuña el joven, mira, fijate aquí, es un juicio.

CLITEMNESTRA.- Eres una excelente artista, parece todo tan real... estás consiguiendo que me estremezca. Mi hijo me amenaza con la muerte cuando descubre que he asesinado a su padre...

PENÉLOPE.- Éstas, ¿las ves? Éstas son las Erinis, las Furias de la venganza, tus compañeras,

Clitemnestra, tu defensa.

CLITEMNESTRA.- Es extraño, no las reconozco, están cambiadas, parecen otras, más..., más iluminadas, diferentes... no sé...

PENÉLOPE.- Porque ahora se llaman Euménides, y ya no se ocupan de los crímenes de sangre; sus ojos ahora, en lugar de rabia, destilan lágrimas de esperanza por un futuro incierto, igual de peligroso, tal vez peor, pero en el que ellas creen.

CLITEMNESTRA.- Sí, ahora que lo dices, son ellas. No han cambiado tanto, son las mismas. Las recuerdo bien, Penélope, unas traidoras. Cuando asesiné a Agamenón para vengar la muerte de mi hija Ifigenia, ellas me juraron protección, ellas que se dedican a defender a las mujeres amenazadas iban a cobrarse la sangre derramada de la familia, el crimen de una madre. Atacaron a Orestes, mi hijo, cuando éste me clavó la espada; casi lo hicieron enloquecer, pero finalmente se vendieron al mejor postor: La modernidad, el lujo, la comodidad las embelesó, no confiaron en su propia naturaleza, tuvieron miedo de verse despojadas de todo y me abandonaron. Perdí el cobijo que tenía que encontrar bajo la tierra, el ciclo vital se interrumpió con su traición, porque me dejaron sola. Aquí estoy, esa es mi historia y no me arrepiento.

PENÉLOPE.- *(Acaricia la cabeza de CLITEMNESTRA que, agotada, se ha recostado en su regazo.)* Descansa...

(Oscuro.)

X. UN FINAL
CLITEMNESTRA-ORESTES

CLITEMNESTRA.- Lo he visto con mis ojos. Orestes, mi hijo, ha vuelto para vengar la muerte de su padre, he visto el cadáver de Egisto, mi amante. Egisto fue asesinado en primer lugar, lo he contemplado postrado en el suelo y he mojado mis labios en su sangre, todavía caliente. Lo he besado, lo he abrazado una y mil veces, intentando reanimarlo, hasta darme cuenta de que no quedaba nada de él. Ahora aquí, sentada, esperaré a que se cumpla el destino que la Moira me depara. Oigo pasos, es Orestes, ¿qué hacer? No puedo huir como una cobarde, yo, Clitemnestra, fui asesinada ya una vez, fui sacrificada con mi pequeña Ifigenia y, desde entonces, no vivo, sólo consumo los días hasta llegar al final, como una autómatas, con un único fin, vengar la muerte de mi hija, castigar al culpable que la arrancó de mi lado. Ahora, cumplida mi misión, espero a mi ejecutor. Sí, reprochádmelo si lo deseáis, pero la justicia estaba sedienta de sí misma y yo la he saciado. ¿Te atreverás Orestes a matar a tu madre? ¿Serás capaz de aliviar tu odio con la muerte de quien te dio la vida? Si es así, si eres capaz de hacerlo, hijo mío, no merece la pena oponer resistencia.

(Entra ORESTES.)

ORESTES.- *(Joven atractivo. Su pelo rizado le roza la barbilla, todavía suave. Viste túnica blanca.)* ¡Madre!

CLITEMNESTRA.- Ya estás aquí.

ORESTES.- Madre, dame una explicación, una sola razón que me haga dudar.

CLITEMNESTRA.- Ifigenia.

ORESTES.- No es suficiente.

CLITEMNESTRA.- No hay ninguna más.

ORESTES.- Mientes.

CLITEMNESTRA.- Dímelas tú, entonces.

ORESTES.- Egisto.

CLITEMNESTRA.- Hijo, no eres justo, te equivocas. Egisto no tenía nada que ver, no he actuado como mujer, no he sido yo quien ha obrado, sino la justicia vengadora.

ORESTES.- La misma justicia que me obliga a mí a...

CLITEMNESTRA.- Hazlo, no te voy a suplicar perdón, ni espero que te compadezcas de mí. Pero antes, mírame, Orestes, y, si mirándome a los ojos ves reflejado en ellos un solo resto de culpa o una señal de rencor infundado, olvídate de que soy tu madre y actúa. Pero recuerda que las furias vengadoras me defienden, están a mi lado para presentarse a un juicio en el que se condenará tu crimen.

ORESTES.- Tú eres la única furia que existe, lo demás son leyendas a las que no voy a dar crédito. No soy capaz de mirarte a los ojos después de lo que has hecho. Has matado a mi padre, no has sabido comprenderlo. Él se vio obligado a hacer lo que hizo, amaba a Ifigenia tanto como tú, tanto como yo te amo a ti, madre, y sin embargo...

CLITEMNESTRA.- *(Termina la frase.)* ... Sin embargo, tú tampoco te vas a echar atrás.

ORESTES.- No puedo, has asesinado a sangre fría al hombre que me dio la vida y que luchó por su patria.

CLITEMNESTRA.- Está bien; en ese caso hazlo.

ORESTES.- Un momento, existe una única esperanza. Suplícame, madre, pídemelo por favor que te perdone, no seas orgullosa, pídemelo, no podría negarte eso, soy tu hijo, tú me diste la vida, me has amado. Hazlo, madre; dos, tres veces, pídemelo perdón y clemencia; cae de rodillas ante mí, llora, párteme el corazón con tus gemidos desesperados; yo soy débil, te aseguro que no lo podré soportar mucho tiempo, y me marcharé de aquí una vez que te haya secado las lágrimas, con las manos mojadas con tu llanto en lugar de tu sangre. Me iré sintiendo todavía los latidos de tu pecho asustado cerca del mío; sintiendo tu calor, tu perfume, tus besos agradecidos... ¡Hazlo, Clitemnestra! Te lo ruego.

CLITEMNESTRA.- Obré como debía y no me voy a disculpar por ello, ahora eres tú quien debe decidir, no yo.

ORESTES.- Eres demasiado orgullosa, demasiado...

(Oscuro.)

XI. LA CÁRCEL

(En la cárcel. Todas.)

PENÉLOPE.- Cada una ha tenido un trágico final; huir, morir, matarse... ¡Pobres compañeras!

MEDEA.- Penélope, ahora que has escuchado nuestros recuerdos, no continúes lamentando nuestro destino, porque te encuentras en el mismo lugar que nosotras. Pensemos mejor en cómo salir de aquí, huir de nuevo, a un lugar lejano, desconocido, donde nosotras hagamos nuestro reino y podamos reconstruir nuestra vida desechando los recuerdos amargos, el remordimiento, e incluso la espera. ¡Termina tu labor de una vez y le pondrás fin a tu cobardía! Antes de nada, Penélope, reconoce con sincera dignidad que Ulises jamás va a volver.

CLITEMNESTRA.- Tiene razón, hermana. Sé valiente, hazlo de una vez, nosotras te ayudaremos, pero no debes mirar más atrás. Ni un nudo más habrás de deshacer a partir de ahora. ¡Salgamos de esta cárcel! Nosotras somos inocentes. Y, si como vosotras decís, hemos muerto, también hemos conseguido la libertad que siempre nos ha sido negada.

PENÉLOPE.- Yo no he muerto, no lo olvides, pero vosotras sí, por eso estáis presas en esta celda oscura.

MEDEA.- Tú has reconocido antes que era mi conciencia.

PENÉLOPE.- En cierto modo lo es, y la de Fedra, y la de Clitemnestra, pero no la mía, porque a vosotras hay un pasado que os une, una historia concluida, un dolor ya sufrido, y ahora os queda sólo esto; la apatía, el descanso sin descanso, la inquietud suspendida en la incertidumbre, sin tiempo, sin espacio... encerradas en una cárcel. Yo todavía tengo mucho por vivir. Y lo que para mí resta está en el futuro, no en el pasado. Deberíais estarme agradecidas.

FEDRA.- ¿Agradecidas, por qué?

PENÉLOPE.- Porque sin ser este mi destino, me he prestado a haceros compañía.

MEDEA.- Pese a todo deberíamos marcharnos. Yo he huido muchas veces, no es difícil. Tras haber asesinado a mis hijos, me enfrenté a Jásón; él me maldijo, me odió, pero conseguí huir. Soy nieta del sol, sobrina de la maga Circe, mi horizonte no tiene límite y mis artes son desconocidas para todos los demás, ¡saldremos de aquí, os lo aseguro! Debéis confiar en mí.

(Oscuro.)

XII. UN FINAL

MEDEA-JASÓN

JASÓN.- He vuelto.

MEDEA.- ¿Para qué?

JASÓN.- Cáluce ya no existe.

MEDEA.- ¿Cómo que no existe, acaso ha desaparecido mientras la estrechabas entre tus brazos y la besabas ardientemente?

JASÓN.- No. Tú sabes lo que le ha sucedido. Eres una bruja, la peor de las que he conocido nunca. ¿Por qué me has hecho esto? Yo te saqué de entre los bárbaros, te enseñé, te eduqué, aprendiste a vivir en la civilización, rodeada del progreso que hasta entonces desconocías y que has hecho tuyo para destruirme. Mis esfuerzos han sido en vano, eres una fiera indomable, una bestia feroz, ¡Vuelve a tu selva, Medea!

MEDEA.- ¿Qué crees que te mereces? ¿Que me arrodille ante ti y te haga una reverencia? ¿Que te agradezca tus favores, la ilustración recibida de uno más bárbaro que los míos de donde me arrancaste? Dejé a mis padres, traicioné a mi pueblo para ayudarte, te desvelé sus secretos para que arrebatas nuestro tesoro y te lo llevaras llenándoo de sucia gloria tú y tu maldita civilización. ¿Quién iba a hacer justicia si no era yo? Me casé contigo, Jasón, y respeté nuestro matrimonio; tú, sin embargo, no escuchaste mis palabras, ni mis promesas de eterna fidelidad y te arrojaste en el lecho de otra. ¿Esperabas que me fuera, sin más? ¿Y a dónde, quizá junto a mi padre, al pueblo que me vio nacer y que tú con mi ayuda devoraste? Se lo quitamos todo, ¿no te acuerdas? Todo por la ambición de tu maldito país. Yo he traicionado a los míos por tu amor, no puedo quedarme también sin ti. Ahora que tu nueva esposa ya no sirve para sustituirme, ahora que ella ha ardidido por culpa de tu ambición y te ha dejado solo, ya no puedes pedirme que me vaya.

JASÓN.- He venido a llevarme a mis hijos; si los dejas junto a ti, los matarás también.

MEDEA.- No puedes llevártelos.

JASÓN.- Los he de alejar de ti, eres muy peligrosa...

MEDEA.- Te digo que ya no podrás llevarlos contigo a ninguna parte.

JASÓN.- No creas que lo hago con agrado. A ellos los engendré contigo, llevan algo, aunque

poco, de tu venenosa semilla, y yo odio todo lo que tenga que ver con Medea. Pero me han llegado rumores, hasta en tierras lejanas se insinúa que tramabas algo más, que no fue suficiente la muerte de Cáluce, que no te has quedado satisfecha con incendiar a mi esposa contaminando sus vestidos con mortíferos embrujos... Dicen que Medea, la maga, está sedienta de sangre que reviva su perfidia... No puedo permitirte, no quiero más muertes, Medea.

MEDEA.- Mis hijos ya no sufrirán más, ni por ti ni por nadie.

JASÓN.- Entonces..., entonces es verdad... No, no lo puedo creer, no lo has hecho, es imposible que hayas osado... ¿tú te has atrevido a...?

MEDEA.- A salvarlos de tus garras.

JASÓN.- ¿Qué estás diciendo?

MEDEA.- El tiempo que he pasado junto a ti me ha servido para aprender a despreciar la vida, a odiar la vigilia, y añorar el descanso bajo tierra, para siempre... Ellos no llegarán a sufrir las angustias que sufre su madre.

JASÓN.- ¿Hablas en serio, los has...?

MEDEA.- Los he salvado.

JASÓN.- ¿Dónde están?

MEDEA.- No los busques.

JASÓN.- (*La coge con violencia.*) ¿Dónde están? Dímelo, te ordeno que me lo digas... Yo te maldigo Medea, sufrirás mi persecución, mis torturas, en todas las tierras serás extranjera, tus lágrimas colmarán los pozos del camino... Yo te maldigo. Medea, asesina, vas a saber de verdad lo que es la angustia... No encontrarás escondite en ninguna parte, donde quiera que vayas serás señalada y tendrás que huir hasta que, desesperada y agotada por el cansancio y el hambre, vuelvas a mi lado para suplicarme cobijo y perdón. Ahora no te voy a hacer nada; si mueres, no habrás padecido lo suficiente, he de esperar un tiempo... Dejaré que la vida te destroce y sufras el rechazo de todos los pueblos. Acuérdate, Medea, tendrás que suplicar la muerte o dártela tú misma, y todo lo que hoy dices haber sufrido te parecerá un paraíso inalcanzable... ¡Vete, sal de aquí, extranjera!

MEDEA.- Me marcho con el orgullo de quien ha obrado con piedad y por amor a sus seres queridos. Me marcho para no volver a verte jamás. No ha sido una venganza, Jasón, no te la merecías. Yo no he pensado en ti, sino en ellos y no me arrepiento.

(*Sale. Oscuro.*)

XIII. LA CÁRCEL

(En la cárcel. PENÉLOPE, FEDRA Y CLITEMNESTRA están recostadas, todavía impresionadas por la escena de MEDEA, que se ha incorporado y escucha sin moverse un poco más atrás.)

FEDRA.- *(Intenta romper el silencio en el que se han sumido tras el final de MEDEA.)* ¿Y tú, Penélope? Solamente quedas tú. ¿Cómo termina tu historia? Yo no la conozco. ¿Qué crimen has cometido? ¿Qué desgracias te han atormentado a lo largo de tu vida? Aunque lo niegues, ha de haber una razón que te haga estar junto a nosotras. ¿Qué es lo que te une a Clitemnestra, a Medea o a mí? Vamos, se sincera.

PENÉLOPE.- Me molesta vuestra insistencia. Os repito que he venido a haceros un poco de compañía. Fedra, mi conciencia está serena a pesar de la vejez que se apodera de mí. No ha habido ninguna turbulencia ni desasosiego en mi vida, excepto la ausencia de Ulises.

MEDEA.- *(Con violencia.)* ¡Mentira!

PENÉLOPE.- ¿Qué?

MEDEA.- *(Se acerca a las demás.)* Digo que es mentira.

FEDRA.- ¿Qué te ocurre?

CLITEMNESTRA.- ¿Por qué te irritas así?

PENÉLOPE.- ¿Qué insinúas?

MEDEA.- No estás siendo justa con nosotras, Penélope, no has obrado bien. En primer lugar, esto no es ninguna celda, ni una cárcel ajena a nosotras, has sido tú la que nos lo has dicho: esto es la conciencia, la mía, la tuya, la de ellas, y estamos atrapadas, y tú también lo estás porque, como nosotras, has sufrido, has actuado y has terminado de tejer tu tela, por mucho que te pese. ¡Eres una farsante, una mentirosa!

CLITEMNESTRA.- Explícate, Medea, no puedes acusar a Penélope si no das razón de tus palabras. No le hagas a ella un daño igual al que nosotras hemos tenido que sufrir, dale la oportunidad de ser sincera, sin rencores, sin arrebatos de ira que no llevan a ningún sitio. Al menos, entre nosotras, utilicemos la razón y la sensatez.

MEDEA. Yo huí, de aquí para allá, errante, desesperada, buscando un lugar donde cobijarme una

sola noche, donde nadie supiera de mí, hasta que el dolor, la sed y la soledad me dejaron muerta en el camino. Pero antes de exhalar el último soplo de vida hablé con muchas gentes que no me reconocieron y escuché numerosas palabras sobre todas vosotras. Mucho sé sobre Ulises.

CLITEMNESTRA Y FEDRA.- ¿Qué?

(PENÉLOPE baja la cabeza y la mira de reojo, alarmada. Sin querer contestar, intenta evadir la situación.)

MEDEA.- Ya que Penélope no quiere compartir con vosotras su pasado, yo lo haré, creo que es lo justo. Ulises ha corrido muchas aventuras antes de volver a Ítaca. Primero estuvo con Calipso, a quien abandonó cuando estuvo saciado de su compañía y más tarde encontró a Circe, mi pariente, al vadear las costas de Italia. Abandonó a sus compañeros y durmió con ella treinta noches, eso es lo que se cuenta, y yo lo creo. Después, cansado de los favores de la maga, le pidió ayuda para volver a su tierra, no sin antes disfrutar un poco más de su viaje...

PENÉLOPE.- *(La interrumpe.)* ¡Eso son leyendas, chismes, cuentos de las gentes que disfrutaban inventando historias... Tú lo tendrías que saber, también has sufrido el veneno de las lenguas populares! Ulises no ha estado en ninguna parte, nunca emprendió el viaje de vuelta, nunca ha regresado.

MEDEA.- En eso tienes algo de razón. Tu Ulises no fue el que volvió a Ítaca. Tras veinte años pisó tu palacio un hombre extraño, salvaje y bárbaro, que ya no te amaba. Entonces, al reconocerlo enloqueciste de dolor, Penélope, viste morir tus ilusiones bajo el fango que cubría la piel del recién llegado. Uno a uno cayeron tus pretendientes por el golpe de su fuerte espada, una tras otra murieron tus criadas en las que vengó sus celos... Ítaca quedó desierta, Telémaco te había abandonado y un hombre extraño quiso ensuciar tus sábanas blancas. *(Más comprensiva.)* Comprendo, querida Penélope, que no pudieras soportarlo.

CLITEMNESTRA.- ¿Eso es todo?

MEDEA.- Del final de Ulises se cuentan muchas historias, yo no he creído ninguna de ellas, esperaba la oportunidad de escuchar la verdad en los labios de Penélope.

PENÉLOPE.- ¡Está mintiendo! ¡No la creáis, por favor! Clitemnestra, hermana, no le hagas caso... Eres muy injusta, Medea; no respetas mi edad ni mi tristeza. Deseas que todas suframos como tú, y por eso inventas esta historia sin sentido. Yo os he creído, he venido junto a vosotras, porque me produjo compasión vuestro destino, ¿así me lo pagáis?

CLITEMNESTRA.- No te aflijas, Penélope, no nos importa lo que hayas hecho; habrás tenido tus razones.

PENÉLOPE.- No, Clitemnestra, ¿tú también? (*Pausa breve. Se acerca al telar.*) Algún día, cuando termine esta túnica destinada a cubrir su cuerpo en señal de bienvenida, Ulises volverá. Tal vez vosotras no lo lleguéis a ver, porque continuaréis encerradas aquí, pagando vuestra culpa. Pero yo estaré junto a él, fuera, en Ítaca o en cualquier otra parte donde luzca el sol.

MEDEA.- (*Se levanta y coge la tela que PENÉLOPE teje.*) Esto, Penélope, no es una túnica, es una mortaja.

(*PENÉLOPE se la quita bruscamente de las manos.*)

FEDRA.- ¿Una mortaja? ¿Para quién?

MEDEA.- Eso ha de contestarlo Penélope.

PENÉLOPE.- (*Derrotada.*) Para nadie.

CLITEMNESTRA.- (*Se acerca a PENÉLOPE y la ayuda a sentarse. Le habla con compasiva ternura.*) Ahora lo entiendo, hermana. Estás tejiendo y destejiendo la mortaja de Ulises, mientras te debates entre la razón y tus sentimientos. Durante el día, animada por la lucidez, recuerdas qué ha pasado y reconoces, tal vez con tristeza, que tu historia también ha terminado en una tragedia. Entonces, te apresuras en tu labor, para poder cubrir los restos de Ulises con el manto fúnebre.

MEDEA.- (*Abraza a PENÉLOPE por los hombros y continúa las palabras de CLITEMNESTRA, como si todas conocieran ya lo que están narrando.*) Cuando cae la noche, sin embargo, se apodera de tu mente la locura, olvidas que tu hombre cambió, que volvió y ya no te amaba. Pretendes creer que todavía anda errante, fugitivo, con un solo pensamiento en su mente: Penélope. Entonces, convencida con tu propio desvarío, deshaces y deshaces, cortas hilos, se desvanecen los recuerdos en cada uno de ellos y te crees tu mentira.

FEDRA.- (*Se acerca y se sienta a sus pies.*) Estás aquí encerrada, junto a nosotras porque también tú has terminado, aunque no hayas muerto. Nos has obligado a narrar nuestro pasado que es desagradable y oscuro pero también real y nos haces creer que estás libre y que estas paredes son sólo restos de nuestro remordimiento: del de Medea, del mío o del de ella (*Señala a CLITEMNESTRA.*); nos has sonreído compasiva y esperabas que te creyéramos, que envidiáramos a la perfecta Penélope que ha podido tomar las riendas de su destino... ¿no? La buena compañera que ha decidido permanecer en el encierro junto a sus amigas, pese a que a ella la espera el retorno

del gran Ulises. Tú también estás encerrada aquí, tú eres como nosotras. Si nos tienes metidas en esta gruta para consolar tu triste conciencia, si pretendes admitir, al contemplarnos, que todas somos iguales, hazlo, pero no nos engañes.

PENÉLOPE.- ¿También tú, Fedra? Así me agradeces el sacrificio; y tú, Clitemnestra, hermana, sigues sin creerme, lo veo en tu rostro, ¿prefieres confiar en la extranjera? Vosotras habéis matado, y se os ha castigado, yo sin embargo sigo pura, hasta que vuelva mi esposo y entonces, cuando me encuentre aquí, el cielo brillará para nosotros. Pero, por ahora, prefiero que no me alcance. Refugiada en esta gruta os protejo y conseguiré, finalmente, terminar el manto. No la creáis, os lo suplico, soy yo quien os dice la verdad.

MEDEA.- Me creen porque yo ya no sé mentir, porque sólo he dicho verdades por mucho que a ti te duela reconocerte en ellas.

CLITEMNESTRA.- Penélope, si Medea ha dicho la verdad, es hora de que termines tu manto y salgamos. Es hora de que se concluya tu labor.

MEDEA.- Tu mortaja. Acaba de una vez esa terrible capa de muerto y envuélvete en ella si quieres. Duerme bajo sus hilos y no pienses más en Ulises pero a nosotras no nos quieras convencer de nuestra responsabilidad. Tú estás aquí como cualquiera de esas, porque tras haber obrado no encontraste lugar en el mundo de los otros. Tú te has refugiado en esta cueva porque no sabías dónde ir; muerta o no, has tenido miedo, Penélope.

PENÉLOPE.- *(Se levanta, las mira a las tres y se retira unos pasos. Parece que va a decirles algo pero, finalmente, cae al fondo, en el lugar donde dormían MEDEA, FEDRA Y CLITEMNESTRA. Recostada en el suelo, susurra varias veces.)* Dejadme en paz, necesito descansar.

(Oscuro.)

XIV. UN FINAL
PENÉLOPE-ULISES

ULISES.- (*Hombre alto y corpulento, barba y cabellos rojizos. Viste una túnica blanca y una capa roja.*) Te repito, esposa, que soy Ulises.

PENÉLOPE.- No lo creo.

ULISES.- ¿Recuerdas nuestra cámara nupcial? Sólo yo la conocí, y soy el único que podría describirla.

PENÉLOPE.- Tú no eres Ulises. Mi esposo era bueno, compasivo, sincero. Tú eres un tirano que conoce su larga ausencia y se ha querido aprovechar, has tardado poco en cambiar tus harapos por sus vestidos... Pero dime, ¿dónde lo encontraste? Te lo suplico, respóndeme, ¿te dijo él que vinieras a Ítaca? ¿Te dio algún mensaje que me ocultas? Tal vez fue él, movido por los celos, quien te animó a matar a mis pretendientes... Te puedo asegurar, extranjero, que yo nunca le he sido infiel a Ulises. Nunca. Me llegaron noticias de sus aventuras, bocas envidiosas hablaban de otras mujeres, y a mí me consumía el dolor al escucharlas, por eso, solamente por esa razón, quise mantener esta situación y engañé a los pretendientes prometiéndoles una mentira. Pero día tras día me he ido marchitando y conmigo se ha desvanecido la ilusión, el recuerdo e incluso el amor que por Ulises sentía entonces. Ulises ya no me importa, no quiero que vuelva, no quiero terminar este manto nunca más, deseo seguir tejiendo y destejiendo durante el resto de mi vida. Dibujo en las telas, según mi voluntad, con hilos de colores, la verdad de los otros, y a la vez, cada día, borro mis sueños.

ULISES.- (*Encolerizado.*) ¡Tonterías! Ese manto está terminado desde el momento en que yo, Ulises, rey de Ítaca, pisé este palacio. Y ahora deja de llorar la muerte de tus amigos, ¿no serán acaso historias de amor lo que borras de tu manto para que Ulises no las descubra? Déjame ver...

PENÉLOPE.- Aléjate, no te acerques. Por tu culpa me he quedado sola, incluso Telémaco me ha abandonado. Si realmente eres Ulises, vuelve a tu nave, a surcar los mares en busca de una Ítaca perdida, lejana, inexistente. Ya no quiero que vuelvas... Si de verdad tú eres Ulises, has de saber que, con tu ausencia, has apagado todos mis deseos.

ULISES.- Ese manto será tu mortaja.

PENÉLOPE.- O la de Ulises. Sólo tengo que imaginar bordando... Puedo dibujar un túmulo alrededor del que lloran las desiertas arenas de una Ítaca herida. Un túmulo, una tumba en la que se pose la gaviota que salvó a Penélope de morir ahogada cuando, desesperada porque temía haber perdido a Ulises en tierras lejanas, se lanzó al mar.

ULISES.- Atrévete, Penélope, atrévete y te arrepentirás. Tú no eres quién para amenazarme, te marcharás. Quedas desterrada de mi país por haber sido infiel a Ulises, por haberme olvidado. (*Le arrebatata la tela.*) Ningún túmulo ha de cubrir mi manto.

(*Oscuro.*)

XV. EL FINAL

(En la cárcel. PENÉLOPE duerme, CLITEMNESTRA, MEDEA Y FEDRA sostienen la tela en sus manos. Está terminada y ya no la sujeta el telar. Las tres observan las figuras que en ella han sido bordadas.)

MEDEA.- ¡Por fin se ha atrevido! Esta vez todas lo habéis escuchado. No he tenido que ser yo quien se entrometa en sus pensamientos.

CLITEMNESTRA.- ¡Pobre Penélope!

FEDRA.- Terminar el manto significaba reconocer su destino.

MEDEA.- Su pasado.

CLITEMNESTRA.- También su presente y con él el final de un Ulises que no volvió y de otro hombre que la condujo al crimen por ser distinto a su ilusión.

MEDEA.- Ha quedado muy bonito, los hilos funestos con que ha sido bordado no han podido oscurecer su belleza.

CLITEMNESTRA.- Triste final el de Penélope, tanto como el nuestro.

FEDRA.- Por fin se ha decidido a bordar el túmulo de su esposo.

MEDEA.- Para ella no volvió nunca.

CLITEMNESTRA.- Hizo que desapareciera de nuevo, pero eliminándolo a él no consiguió enterrar las ilusiones y los recuerdos.

FEDRA.- Tampoco fue capaz de encerrar con él su tela bordada.

MEDEA.- Mejor así, tan bella obra no merece ser olvidada bajo la tierra. Ahora, volvamos a descansar. Mañana podremos salir de esta cárcel, Penélope ya no nos podrá retener más.

CLITEMNESTRA.- ¿Cárcel, Medea? De nuevo empiezas con lo mismo. Esta cárcel es ya nuestra conciencia. La tuya y la nuestra.

FEDRA.- Ahora que Penélope ha terminado el manto, nos pertenece a todas. Estamos encerradas en una prisión oscura construida con los retazos de nuestro pasado, por fin consigo entenderlo.

MEDEA.- No, os equivocáis. Esta cárcel es el refugio en el que Penélope nos encerró. Sólo ella conservó la memoria una vez atravesadas las aguas del Leteo, porque sólo ella se mantuvo con vida hasta ese momento. Penélope en sueños descendió a los infiernos buscando un consuelo, un medio

para quitarse la vida y atravesó el río del olvido, pero su corazón aún palpitante evitó que el agua enfriara sus recuerdos y comenzó a vagar reconociendo los rasgos del resto de las almas, entre ellas la de Ulises. Un alma oscura que la perseguía en las noches sin vigilia. Estaba aterrorizada y nos buscó. Nosotras, sin embargo, llegamos aquí con el espíritu seco; cuando perdimos la vida, perdimos también la conciencia del pasado y nos encerramos bajo la tierra, luchando para que nos abandonase, definitivamente, hasta el último de los recuerdos y sentir con ello que esta gruta fue nuestro origen y nuestro fin. Penélope nos reunió porque al contemplarnos se sentía aliviada, nuestras acciones la consolaban y le ayudaban a olvidar su crimen, evitando además que al vagar ahí fuera descubriéramos el destino de Ulises, pero inconscientemente provocó que el sueño nos hiciera recordar nuestro pasado y que éste quedara impreso en su obra de arte. Ahora no tiene sentido seguir aquí porque ya sabemos dónde estamos. No era mi conciencia sino la de Penélope la que nos encerraba. Liberada ésta del dolor de sus remordimientos, mañana ya no habrá paredes que nos aprisionen. Ahora, ánimo, volvamos a descansar. Juntas, las cuatro, bajo el manto tejido con los hilos del pasado. Nosotras hemos muerto, Penélope sólo duerme y cuando despierte nos dejará salir de su conciencia, volveremos a cruzar los ríos del Averno y sólo allí nos sentiremos libres, más que nunca.

CLITEMNESTRA.- Cuando Penélope despierte su manto seguirá aquí, protegiéndonos a nosotras. En él está escrita nuestra historia y, por fin, hasta el último de sus párrafos ha sido recreado en la tela.

FEDRA.- Merecemos ahora el resguardo de su calor que nos devuelva el recuerdo y nos saque de aquí. Mañana volveremos entre las demás almas, nos encontraremos con los jueces del infierno y sabremos cuál ha sido nuestro destino. Entonces Penélope podrá despertar definitivamente, habiendo olvidado la eterna espera que la ha tenido encarcelada durante tanto tiempo. Ya no necesitará volver a convocar nuestras almas, ya no tendrá que engañar a nadie nunca más, ni respetar una vigilia eterna para no ser descubierta.

MEDEA.- Ya nadie podrá ocultar su tragedia porque ha sido dibujada en la tela.

CLITEMNESTRA, MEDEA Y FEDRA.- Recorreremos las tierras del Averno reflejando como en un espejo el rostro de los muertos para que en esta tela encuentren sus vidas y recuerden su fin. Penélope era la Parca. De ella dependía que la historia siguiera dando vueltas en un ciclo natural o quedara suspendida y reinara el olvido. Ahora, cuando ya existe la imagen en su manto, el final no

tendrá lugar porque otras podrán leer su destino en estos dibujos. Durmamos tranquilas, con el espíritu aliviado, pues lo hemos conseguido por fin: en el manto de Penélope ha quedado escrito el destino de la humanidad.

(Se recuestan juntas, abrazadas, y se tapan por completo con el manto tejido por PENÉLOPE. La escena se ilumina de un color rojizo, que se mezcla con el oscuro de la estancia. Después, un azul intenso se sobrepone a ambos y domina la escena. Poco a poco la luz se concentra sobre las cuatro heroínas escondidas bajo la tela. Música. Oscuro.)

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP